



Víctimas en el aula: la silenciosa epidemia de violencia escolar que afecta al 44% de los estudiantes de 2° medio en Chile

Un reciente estudio del Centro de Estudios Públicos (CEP) revela una preocupante alza en la victimización escolar en los últimos diez años, especialmente entre mujeres y alumnos de colegios de nivel socioeconómico alto. Expertos advierten sobre las complejas dinámicas detrás del fenómeno y llaman a revisar el concepto de "clima escolar".

Por años, la violencia escolar fue considerada un problema marginal, reducido a casos extremos y aislados. Sin embargo, los datos recientes del Centro de Estudios Públicos (CEP) —publicados en el libro *Violencia en Chile*. La fragilidad del orden social— muestran una realidad muy distinta: cuatro de cada diez estudiantes de segundo medio han sido víctimas recurrentes de algún tipo de agresión en su escuela. Esta cifra marca un aumento de 70% en la última década, encendiendo las alarmas entre académicos, educadores y autoridades.

"Lo que estamos viendo no es solo un fenómeno conductual, sino el reflejo de una fragilidad más profunda en el tejido social escolar", afirma Sebastián Izquierdo, coordinador académico del CEP y coautor del capítulo analizado. "La victimización no está repartida al azar, tiene determinantes estructurales, culturales y relacionales que debemos entender mejor para poder intervenir".

Aislamiento, burlas y robos: la nueva cara de la violencia

Si bien solo un 3% de las mujeres y un 6% de los hombres dicen haber sido golpeados, las formas más frecuentes de victimización son menos visibles pero igualmente destructivas: el 28% de las mujeres reportó haber sido ignorada o aislada recurrentemente, y muchos más sufrieron burlas o robos por parte de sus compañeros. Este tipo de agresiones, clasificadas como violencia social y verbal, son las que más han crecido desde 2016, intensificándose tras el retorno a clases presenciales post pandemia.

"La pandemia dejó a muchos adolescentes sin herramientas para manejar conflictos, sin espacios para socializar y con una emocionalidad desregulada. Hoy vemos cómo eso se traduce en formas más sutiles pero persistentes de violencia", comenta Paulina Cisternas, psicóloga educacional y exasesora del Mineduc en convivencia escolar.



Mujeres, vulnerabilidad y percepción del entorno Otro hallazgo del estudio es que las mujeres no necesariamente son más víctimas en términos absolutos, sino que tienden a percibir el ambiente escolar como más hostil. Esta percepción influye directamente en la forma en que se reportan los hechos. Además, colegios con mayor proporción de alumnas tienden a presentar menores niveles de victimización, lo que sugiere que la composición de género puede tener un efecto protector.

"Las mujeres están más expuestas a formas indirectas de violencia, como el aislamiento o la exclusión social, y culturalmente están más acostumbradas a reconocerlo y verbalizarlo", explica Loreto Jara, investigadora de Educación 2020. "Por eso es clave diseñar políticas con enfoque de género que comprendan estas diferencias".

¿Más dinero, más violencia?



Uno de los puntos más contraintuitivos del análisis es la relación entre nivel socioeconómico y victimización. A nivel de escuela, no hay diferencias significativas cuando se controla la victimización previa. Pero a nivel individual, los estudiantes de mayores ingresos reportan más victimización. Esto contradice la creencia instalada de que la violencia escolar es un fenómeno principalmente asociado a contextos de pobreza.

“Una posible explicación es que los alumnos de sectores más acomodados tienen mayores expectativas de bienestar y seguridad, por lo tanto, reaccionan con mayor sensibilidad ante situaciones que otros considerarían normales”, postula Gabriel Ugarte, coautor del estudio. Otra hipótesis es que en estos ambientes existe una presión social y académica intensa que favorece la competencia, la exclusión y el acoso encubierto.

Para Raúl Figueroa, exministro de Educación, el hallazgo es valioso pero plantea un desafío mayor: “El clima escolar no se resuelve solo con más recursos o infraestructura. Se necesita liderazgo pedagógico, formación docente y sistemas de apoyo emocional integrales”.

El rol del aula: ¿muchos alumnos, más violencia?

El informe también entrega evidencia sobre cómo el tamaño de las clases incide en los niveles de victimización. Las aulas con más estudiantes presentan mayores tasas de agresiones, mientras que el tamaño total de la escuela no parece tener un efecto relevante. Este hallazgo refuerza la idea de que la interacción directa es clave en la generación (y prevención) de violencia escolar.



“Los profesores sobrepasados no pueden mediar conflictos, generar vínculos ni supervisar con eficacia. Es urgente volver a discutir los límites razonables de alumnos por sala”, sostiene Carolina Pizarro, directora de la Fundación Educar en Paz.

¿Más participación, más problemas?

Un resultado que desconcertó a los investigadores fue que los estudiantes más participativos en actividades escolares tienden a reportar más victimización. A primera vista, esto parece una contradicción, ya que la participación suele ser promovida como una vía para fortalecer el sentido de pertenencia.

“Una interpretación posible es que las actividades extracurriculares se usan como una forma reactiva de enfrentar ambientes conflictivos”, indica Izquierdo. Es decir, en contextos más violentos, los colegios pueden fomentar estas instancias como una forma de contener el conflicto, sin abordar su raíz. Además, la participación no siempre equivale a integración: muchos estudiantes se involucran por obligación o sin sentirse verdaderamente parte del proyecto educativo.

¿Qué hacer?

Los expertos coinciden en que la victimización escolar no es un fenómeno simple ni uniforme, y que las soluciones deben adaptarse a las realidades específicas de cada comunidad educativa. No basta con medir el clima escolar con encuestas generales: se requieren instrumentos más sofisticados y cuali-

tativos que capten las dinámicas sociales, las jerarquías informales y los códigos culturales que operan dentro de las escuelas.

“El gran problema es que seguimos mirando la violencia escolar como un problema de conducta individual, cuando en realidad es un síntoma de desajustes relacionales y estructurales”, plantea Cisternas. “La escuela no solo reproduce desigualdades, también genera nuevas. Si no atendemos esta dimensión, todo el resto —rendimiento, asistencia, salud mental— se cae como un castillo de naipes”.

Una deuda urgente

El diagnóstico está sobre la mesa. El aumento sostenido de la violencia escolar en Chile, especialmente en su dimensión social y emocional, pone en entredicho la capacidad de la escuela como espacio seguro y formativo. Las consecuencias no son solo individuales —depresión, ansiedad, deserción— sino también sociales: una generación de jóvenes que aprende a normalizar el daño y la exclusión.

Si bien existen programas públicos como “Convivencia para la Ciudadanía” o los fondos SEP para el clima escolar, la efectividad sigue siendo dispar. En palabras de Izquierdo, “no basta con más talleres, necesitamos un rediseño completo de cómo entendemos el rol de la escuela en la formación ética y emocional de los estudiantes”.

Porque cuando el aula se convierte en un lugar de miedo, todo lo demás —las matemáticas, la literatura, incluso la esperanza— se vuelve secundario.

